



Asimismo, el parlamento popular ahora debe obtener la legitimación e institucionalidad requeridas. Una vez en el poder, hay que deconstruir ese estado corrupto, madriguera de una plaga --endémica y epidémica-- de parásitos de la res. Hay que redefinir el estado y recrearlo a imagen y semejanza del pueblo; indigenizarlo, humanizarlo y socializarlo hasta la médula, y así ponerlo al entero servicio de todos los ecuatorianos, no sólo de una minúscula clase -como ha sido el caso hasta hoy. Hay que empezar priorizando lo humano y lo social, organizando células de dignidad nacional --alrededor de ollas y comedores populares-- a lo largo y ancho del país, que sirvan como focos de congregación, diseminación, discusión y apoyo.

No hay que temerle a nada ni a nadie, excepto a la abulia. No hay que tenerle miedo a las amenazas de aislamiento y bloqueo. Ya el pueblo ecuatoriano ha soportado casi

doscientos --y los indígenas más de quinientos-- años de opresión, que es la peor forma de aislamiento y enajenación imaginables. Además, es infinitamente mejor vivir aislados, pero con dignidad, que vivir de rodillas recibiendo las migajas que nos tiran los chulqueros internacionales. (Migajas que jamás llegan a la mayoría, ya que siempre se quedan en la mesa de los mangoneadores e intermediarios de turno.) Creo que después de este más de medio milenio de haber sido salvajemente explotados y envilecidos, los indígenas tienen derecho y hasta obligación de cometer sus propios errores y atrocidades (hasta hoy exclusivísimo monopolio de la exigua minoría blanca y, en menor grado, de los mestizos). Ya es hora de tener una administración pública en la que participen --proporcional y directamente-- los indígenas, los verdaderos dueños de casa, quienes a su vez conforman la mayoría étnica del Ecuador. Pero, para lograrlo, tenemos que trabajar de sol a sol, todos los soles que hagan falta. El país tiene la capacidad de ser autosuficiente, pero antes hay que remoralizar a los ecuatorianos. Ésta es nuestra tarea fundamental.

No te olvides de abrazar en mi nombre a toda esa gente entrañable de mi querida Riobamba. No en vano, ñaño del alma, tú vives en ella. No en vano vivió y trabajó por tantos años en esa linda ciudad, al pie del taita Chimborazo, monseñor Leonidas Proaño, nuestro inolvidable obispo de los indios. Estos son los ejemplos que hay que seguir. Tenemos que continuar sembrando. Tú, como poeta, no puedes eludir la responsabilidad de trabajar concientizando a nuestros paisanos. Transmuta en poesía ese dolor y esa vergüenza a las que han reducido nuestra patria. Dignifica a nuestro escarnecido pueblo con tu palabra.

Sí, en el Ecuador todo es posible... incluso la resurrección de la dignidad nacional.

Un gran abrazo para ti y Margarita, con un beso tuyo, a mi nombre, sobre el plenilunio de su vientre próximo a darnos una esperanza y una razón más de lucha.

Petromio Rafael
Cevallos

Retorno a

"LA MITAD DEL MUNDO"

Pesadillesco Ecuador

Ya en el aeropuerto de Guayaquil, justo antes de embarcarme de regreso a Nueva York, al entregar el boleto, me salieron (¡¡oh dulce sorpresa ecuatorianísima!) con que me faltaban "la libreta militar" y "el permiso de ausentismo". Les expliqué a los oficiales de turno que yo había venido a contribuir --aún más-- a este país, después de varios años de ausencia. Lo que se sumaba no sólo en dinero sino también, entre otras cosas, en libros. ¿Qué insulsa "libreta militar" requiere un pacifista y antimilitarista declarado, quien, de remate, ha vivido y trabajado una década fuera de su país? ¿O sea, que me pedían un tributo a una institución, legendaria por jamás haber ganado una guerra, excepto la de proteger sus privilegios a expensas de sus depauperados y desarmados "connacionales"? ¿Qué clase de absurdo "permiso de ausentismo" debe necesitar un hombre libre y honesto, luego de visitar y honrar por unos breves días su lugar de origen?

“Pero Ud. es ecuatoriano... todavía” (es decir, aún podemos esquilmarlo)



clasi smo , regionalismo o provincianismo. Mis padres son lojanos y yo nací y me crié hasta los 17 años en el

me repetía uno de los oficiales de guardia, como si yo ostentara un *inri*. Ser ecuatoriano --y sin pasaporte “diplomático”-- resulta ser un estigma. Vaya qué honor. Ni cuenta me había dado.

Si hubiese sido yo un delincuente, un politicastro o un banquero de esos que abundan por allá, con las maletas llenas de billetes robados al pueblo, no me hubieran hecho ningún problema. Una coima o un carajazo hubiesen sobrado: “No ves que me voy huyendo a Costa Rica, a Panamá, a México, a Miami...” Tenía que ser en el Ecuador, irreducible reducto de paternalistas estupideces y corruptelas institucionalizadas.

En este sentido, tanto las embajadas como los consulados ecuatorianos deben puntualmente proveer la información pertinente --a través de publicaciones y otros medios de difusión masiva-- acerca de los documentos que en verdad deban presentarse en el aeropuerto al llegar y al salir del Ecuador. Estas entidades deben alertar continuamente sobre este tipo de atropellos a los ecuatorianos, incluyendo a los que han adoptado otra ciudadanía, y a los no ecuatorianos. Asimismo, a todo aquel que arriba al país debe notificársele, por escrito, acerca de los documentos --y en qué términos específicos-- requeridos para volver a salir.

(Me permito una pertinente digresión, amigo lector. Lo que Ud. ha leído es más bien un ensayo narrativo --del que ésta es la última parte-- sobre una gira cultural por algunas ciudades ecuatorianas en agosto pasado. Entre mis defectos, que son numerosos, no se incluyen el racismo,

campamento minero de Ancón. Me crié dentro la ahora diezmada y casi desaparecida clase media del país, donde me eduqué en instituciones privadas, excepto por la Universidad Central de Quito. Mi padre era empleado de la *Anglo Ecuatorian Oilfields* y siempre tuvimos una vida bastante cómoda. Vine muy joven a los Estados Unidos y acá me he quedado a vivir. Culturalmente, soy mestizo o “híbrido”, como casi todos los ecuatorianos --lo admitan o no. Sin embargo, a diferencia de mis paisanos allá, mi mestizaje trasciende las fronteras ecuatorianas, es bicultural, bilingüe --español-inglés-- y se irradia desde los Estados Unidos.

No, no soy regionalista en absoluto. Mi visión es de afuera, aunque conozco bien lo de adentro. Para mí, como para la gran mayoría de ecuatorianos, el Ecuador es una ficción, un mito que sólo le funciona a una exigua minoría, a una especie de casta parasitaria, matizada de los infaltables advenedizos, cuya sede es Quito --cardenalato, cúpula castrense, presidencia, congreso, ministerios, cortes, cancillería, banco central, etc. De ninguna manera ha sido mi intención ofender a nadie. Sin embargo, lo que digo en este ensayo refleja lo que vi, sentí y pensé en nuestra visita al Ecuador. Mía es la percepción, crítica, por supuesto, de un ecuatoriano expatriado involuntariamente, porque quisiera vivir en su patria, pero, muy lamentablemente, ésta no ofrece las condiciones necesarias para hacerlo con dignidad.

En nuestro querido Ecuador, para llegar a algún sitio hay que, inevitablemente, entrar en el juego de la corrupción, la causa de todos los males que --por muchos y muy graves-- han postrado al país. Quien mantenga lo contrario es un iluso o, desde luego, un corrupto. Aquéllos que se rasgan las vestiduras, clamando que ellos no tienen nada que ver con la corrupción --que satura todos las instituciones, empezando por la misma familia-- son, mínimo, cómplices pasivos de la misma. Si vamos más profundo, la corrupción es una condición mental, psicológica; es decir que es también idiosincrásica. Ya esa santa quiteña, Mariana de Jesús, estaba consciente de ello en ese lejano siglo XVII. Joaquín Gallegos Lara, el gran escritor guayaquileño, en su hermosa novela *Las cruces sobre el agua*, nos da el epitafio que identifica la realidad sociopolítica ecuatoriana: “*En este país, toda felicidad se la robamos a alguien... En este país no podemos ser felices sin ser canallas*”.

Formo parte de ese ingente y creciente ejército de trasterrados de la corrupción, integrado por alrededor de cuatro millones de ecuatorianos que, en oleadas incontenibles, nos hemos visto forzados a salir del país, porque también a nosotros nos han escamoteado la oportunidad de vivir en él con un mínimo de dignidad. Sí, nosotros, los ecuatorianos en el exterior somos los desterrados de la virulenta injusticia socioeconómica. Situación que involuntariamente subvencionamos --al enviar nuestras puntuales y generosas remesas, en un mínimo de mil millones de dólares anuales -- para que nuestros familiares puedan ayudarse a sobrevivir y para que el Ecuador no sufra una inminente y catastrófica explosión social. Cabe añadir que, pese a esta inmensa contribución, no recibimos nada cambio, ni siquiera un modesto local para el

funcionamiento de la Casa de la Cultura en Nueva York.

Amo, como el más, a mi patria. Allá tengo a mis padres, hermanos y casi toda mi familia. Allá también tengo unos cuantos buenos amigos. Mis mayores están enterrados en suelo ecuatoriano. Pero no soy patrioter. Borges solía decir: “Quiero tanto a Buenos Aires, por eso vivo en Ginebra”. En este último viaje, después de una década de ausencia, vi, sentí a un pueblo denigrado, vapuleado, envilecido. Mi padre, jubilado, luego de más de cuarenta años de duro trabajo, recibe hoy el equivalente a cincuenta dólares mensuales de pensión. Al pueblo ecuatoriano le han robado todo. Todo. Incluso la esperanza. Sepa Ud., noble lector, disculpar la vehemencia y hasta la dura “tristeza” --o la “triste” dureza-- de mis palabras y reciba mi más profundo respeto y un saludo solidario.)

Estaba resuelto a no pagar un centavo de coima. Incluso ya me había resignado a perder el vuelo. El asunto era no caer en la trampa --puesto que eso era-- cuya única salida parecía ser el soborno. Mi mujer y nuestros hijos, que no son ecuatorianos y que por primera vez visitaban el Ecuador, estaban completamente estupefactos. “Tú no te puedes quedar”, me dijo ella, conteniendo la indignación. Mi hijo mayor, con sus apenas ocho años de edad, me hizo la siguiente --e incontestable-- reflexión: “Papá, ¿por qué te piden permiso para salir y todas esas cosas, si tú no vives aquí?”

Para salir de los Estados Unidos, sus ciudadanos no necesitan enseñar ningún documento. En cambio, en este Ecuador pesadillesco se inventan cualquier subterfugio --leguleyadas venales-- con la exclusiva finalidad de sangrar a sus ciudadanos. Pero yo no iba a darles un solo centavo. En un gesto de inspiración, les entregué un ejemplar de la antología *Entre rascacielos: Nueva York en nueve poetas* a cada uno de los dos agentes uniformados que eran ahora el gran obstáculo entre Nueva York y yo. Midiendo y saboreando cada sílaba, les dije: “Éste es el libro que vinimos a presentar en una gira cultural por el país”.

Por unos momentos, los agentes ojearon las páginas del libro. Un nutrido grupo --amigos, familiares y curiosos-- nos rodeaba en silencio. “Algún día pienso ir a Nueva York”, me dijo el más joven de los dos oficiales. Ambos me miraron y creí detectar algo de tristeza y arrepentimiento en sus ojos. “Permítanme autografiárselos”, les pedí. En ambos libros escribí la misma leyenda: “En la presentación de este libro en el Teatro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, su presidente Jorge Sweet dijo que debía ser muy doloroso para los ecuatorianos dejar su patria, especialmente para los que masivamente siguen abandonado el país en busca de oportunidades. Cuando me tocó el turno de hablar, yo expresé que, en efecto, era doloroso irse del Ecuador, pero que tan o más doloroso resultaba volver...”

“Ecuador, nice place to visit...” Y ni siquiera. Si vivir en esa sórdida sociedad resulta tan difícil, que sus burócratas, por lo menos, faciliten que se lo visite... aunque sea sólo cada diez años. Puesto que en el Ecuador sólo pueden vivir unos pocos: los encaramados en el gobierno y sus tronchas, los jefes militares, los diplomáticos, el clero, contados empresarios financieros e industriales y, por supuesto,

los delincuentes de toda laya. Los demás, desde los profesionales y asalariados para abajo, sólo subsisten y vegetan... los que pueden.

Mientras tanto, para preservar el escuálido residuo de buen humor que aún me quedaba en medio de tanto desatino, imaginaba que para una próxima ocasión me haría pasar por Jaime Montesinos. Para el efecto --pensaba--, me teñiría el pelo de rubio, utilizaría lentes de contacto azules, hablaría cantadito --como buen morlaco--, no sin inflexiones ligeramente agringadas, y sería todo un almíbar con todo el mundo. Julita, “my wife” se haría pasar como mi “patrona” y los pibes, “our children”, serían sólo hijos de ella, “not mine”.

Cuando logré traspasar esa grotesca barrera, esa pesadilla kafquiiana y tercermundista, respiré aliviado y hasta quise gritar de alegría. Antes de ingresar a la nave, me viré para despedirme, una vez más, de mis parientes y amigos. Un nudo me crecía en la garganta y apenas podía ver. Abrí los brazos, tratando de abarcar toda esa llacta recalcitrantemente dolorosa y entrañable. Luego, con paso decidido entré al avión. Me parecía increíble que Nueva York estuviera a escasas seis horas de distancia.



José Cecilio del Valle fue un centroamericano de primera línea en los acontecimientos de la independencia y la república centroamericana. Nació en Choluteca, Honduras en 1777 y murió, camino a ese mismo país, en 1834. Personaje polémico que, todavía en fechas relativamente recientes, ha sido piedra de discordia en círculos académicos y gubernamentales.¹ Valle es, posiblemente,

“entre la ilustración y el liberalismo, (...) el hombre mejor formado de Centroamérica en la primera mitad del siglo diecinueve (...), y cuyo aporte es de tal magnitud que bien puede decirse, parafraseando a García, que en una coyuntura en la que faltan

“desplazado”, para identificar una persona nacida fuera de época, en el entendido de que su contribución trascendió de tal manera las demandas históricas que fue un incomprendido. Pese a ello, su pensamiento y práctica tuvieron un impacto determinante en eventos tan significativos, como la redacción del *Acta de Independencia* en 1821. Estudiosos de su obra y vida llegan, incluso, a dolerse de que por mezquindad o torpeza política de sus adversarios no llegara a ocupar el puesto máximo de presidente de la República Federal Centroamericana.²

La producción personal de Valle, así como la escrita sobre su vida y obra, es sumamente extensa.³ Por tal razón, el presente ensayo no se explaya en asuntos ya conocidos,

tales como los relativos a la biografía, sino que tiene como objetivos principales explorar e identificar, en el pensamiento de Valle, algunas tendencias y características que puedan ser asociadas a una

configuración conceptual que llamamos *americanidad* y, de paso, sin que ésta sea la principal, intentar algunas relaciones de oposición o semejanza entre Valle y otros pensadores relevantes de la región.

JOSÉ CECILIO DEL VALLE: *americanidad y otras relaciones*

**Danielo
Pérez Zumbado**

Profesor costarricense de la Universidad Nacional
Heredia de Costa Rica

dirigentes vivos, ‘los muertos orientan nuestra historia.’ Y entre ellos, José del Valle es de los mejores” (Valle, 1982: XXXX).

Apreciaciones similares realizan autores como Meléndez, para quien Valle fue *“un estudioso ilustrado que alentaba alcanzar la meta superior del sabio, mediante una extraordinaria aplicación al conocimiento y una singular fe en las fuerzas excepcionales de la razón”* (Meléndez, 1988: 22), o Láscaris que afirmaba: *“lo que no es habitual señalar, y yo deseo hacerlo, es que Valle unió, a su capacidad mental y su claridad mental, un temple humano y una entereza únicas en Centroamérica. No entereza de gritar ni desplantar, sino reciedumbre serena”* (Láscaris, 1970: 434).

Estas opiniones reconocen en Valle un hombre de capacidades extraordinarias, tanto intelectuales como morales. Algunos dicen un

¿Identidad o americanidad?

El concepto *identidad latinoamericana* ha estado presente desde hace largo tiempo, no tanto como instrumento conceptual y metodológico, al estilo de psicología social clásica, en la mente de renombrados pensadores de la región. Ellos, sin proponerse una incursión en este campo, han contribuido a la configuración de un conjunto de rasgos explicativos del ser y del hacer de los latinoamericanos, no todo el tiempo convergentes y compatibles entre sí que, todavía en fechas recientes, sirve de base entre otras cosas a las discusiones en torno a las topías y utopías de nuestra América. Sarmiento, Martí, Rodó, Vasconcelos, etc., ocupan un lugar especial entre ellos.

Claro está que la idea de la identidad no se encuentra rigurosamente elaborada, como un constructo racionalmente concebido, en sus escritos, sino que es justamente a partir de sus disquisiciones en torno a temas diversos que es posible derivar de ellas las tendencias de lo que hoy, en particular los cultivadores de la historiografía latinoamericana de

